

SARMIENTO Y LA CULTURA CONTINENTAL

Luis Barahona Jiménez

Va para un siglo que el nombre de Domingo Faustino Sarmiento viene unido a la vida y a la cultura argentina. Eran días azarosos aquellos en que nació Sarmiento y peores los que siguieron y durante los cuales hubo de actuar; pero eran días de grandeza épica, de abnegación sobrehumana, en que los señalados por el dedo de la Providencia debían luchar abroquelándose bajo el escudo de la virtud, como en los mejores días de la raza, e iluminándose con toda clase de luces, pues en ello iba el éxito de su empresa, que era la empresa más alta y sagrada que puede darse, ya que se trataba nada menos que del afianzamiento de la vida independiente, de las instituciones republicanas, y, en general, de la causa santa de la justicia y de la civilización. En aquellos días su patria sangraba bajo la bota feroz de los tiranos; todo el territorio argentino parecía un inmenso lagar donde se hacía correr la sangre de los ciudadanos que luchaban en bandos fratricidas, prevaleciendo por muchos años el feroz Tigre de los Llanos, Facundo Quiroga, personificación terrible de la barbarie, el sanguinario y siniestro Fraile Aldao y el tirano Juan Manuel de Rosas.

Pero de aquella contienda salió más robustecida que nunca la gran patria Argentina, porque ahí estaba, latente en algunos y hecha fuego de heroísmo en otros, el alma de la raza —tomo aquí esta palabra en el significado de una unidad de destino—, de esa raza que según los tiempos y los accidentes de la historia han ido fundiéndose, en el metal precioso que mana de su oscura entraña, sabios y poetas de proyecciones eternas, guerreros y descubridores inmortalizados en sus portentosas hazañas o santos y apóstoles en cuyas frentes reverberan las luces llovidas de lo alto. Hoy, por cierto, presenciamos el espectáculo de un conjunto de pueblos que, aturdidos por la gárrula palabrería de los sofistas, y con el alma ayuna de nobles y auténticos ideales, se deja deslumbrar por los trampantojos que exhiben ante sus ojos los llamados corifeos de la cultura, olvidándose así de su propio espíritu, que es la médula y la esencia de su propio ser y que consiste en aquel heroico y noble sentido cristiano de la vida heredado de los Sénecas, Guzmanes, Quevedos, y Segismundos, y de la sangre de los mártires y misioneros que fecundaron las tierras vírgenes de América para las eternas siembras del espíritu y de la verdadera cultura.

Sarmiento representa, a pesar de su liberalismo recalcitrante y de su laicismo cultural, este tipo ideal de la raza. Su recia personalidad se alimenta en el rico subsuelo de la moral cristiana cuidadosamente removido y preparado por su madre, la gran madre de Sarmiento, y por el presbítero don José Oro, quien, según lo dice él mismo en *Recuerdos de Provincia*, "de nada se cuidaba más que de formar mi carácter moral e instruirme en los fundamentos de la religión, y en los acontecimientos de la revolución de la independencia, de la que él había sido actor. Creo deberle a él una gran parte de mis ideas generales, mi amor a la patria y principios liberales, porque era muy liberal sin dejar de ser muy cristiano". Fue así como se fue conformando aquella recia personalidad, noble y altiva, valiente

y heroica hasta el sacrificio, inflexible consigo misma hasta la terquedad, mediante la cual pudo sostener al través de una larga y fecunda vida el estandarte de sus ideales, pudiendo exclamar en aquel conmovedor alegato que tituló *Mi Defensa*: "nunca he cometido un delito y hasta bendigo a la Providencia y a los que formaron mi corazón, por haberme dado fuerzas para cruzar una juventud borrascosa sin caer nunca".

Sarmiento es por esto el acto como la perfección de todo el cúmulo de energías y posibilidades latentes en su época y en su nación; él es conciencia y voz de su pueblo, y, por ello mismo, el más argentino de los argentinos. Comprendió mejor que ninguno de sus contemporáneos el pensamiento, la vida y el alma de su nación. Este pensamiento, esta vida, esta alma proteica es lo que se agita y revuelve con profunda intensidad en sus obras, en sus discursos, en su propia persona; esto es lo que hay de permanente y definitivo en su obra. Argentina entera pensó, sufrió, lloró con él, y, aun hoy, a pesar del tiempo transcurrido, continúa pensando, viviendo de lo que aquél vivió y pensó. Sarmiento ha pensado por diez generaciones; sus obras están llenas de atisbos geniales. Por aquél su estilo tan apasionado, tan vigoroso, reflejo del temple acerado de su alma, por el amor entrañable a la patria, por el apego religioso, fanático a sus ideales políticos, por su amplio y luminoso criterio robustecido con la asidua lectura del pensamiento europeo —francés particularmente— y americano, Sarmiento estaba llamado a ser el maestro de la argentinidad. Su vigoroso talento, su capacidad asimiladora, su tenacidad y constancia suplieron en parte las deficiencias culturales del medio en que había nacido y le permitieron alcanzar una cultura excepcional para su época. Pudo leer en su idioma original buena parte de las obras maestras de la literatura francesa y quizá muchas otras de la literatura italiana e inglesa. Si a tanto llegó, desde aquella apartada región meridional de nuestra América, en plena barbarie gauchesca, júzguese lo que habría alcanzado de haber vivido en Europa o en nuestros días.

Pero seamos justos con la gloria de este insigne abanderado de la cultura americana; es uno de los pocos grandes hombres de la pasada centuria cuyo mensaje nos llega pleno de eficacia; eficacia lograda en virtud de aquel su modo de pensar en altas y claras voces, como aquellos héroes homéricos que interrumpían el combate para arengar a los guerreros o lanzarse implacables sobre los caudillos del ejército enemigo. Quizá no haya dejado un sistema orgánico de ideas, un edificio intelectual armonioso, capaz de sostenerse por su propio peso, inexpugnable en todas sus partes, pero hay páginas, ideas, pensamientos de un valor incalculable, cuya vigencia espera tan sólo la mano del estadista que las saque de donde están para que muestren su palpitante actualidad. Ocasiones hay en que llega a las alturas del genio, no digamos en los arranques sublimes de sus frases, como aquella tantas veces citada con que da comienzo su mejor obra ("Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo!"), sino en el análisis hondo de la psicología de su pueblo, de los males sociales, de los problemas americanos, del futuro de las naciones imperialistas de éste y del otro lado del mar.

Facundo es sin duda alguna su obra maestra, su obra genial, desde el punto de vista literario y psicológico. Parece un verdadero prodigio si se considera que fue escrita a los treinta y cuatro años en circunstancias nada propicias para el análisis serio y la creación literaria, como lo fue aquel período de su estancia en Chile. Como Cervantes, escribe sin tener conciencia cabal de lo que va brotando de su pluma en cada entrega. Sarmiento escribe esta obra con la intención

expresa de lanzar fieras estocadas sobre el tirano que a la sazón gobierna los destinos de su patria, por eso bosqueja algo que rastreando aquí y allá pudiese configurar los caracteres determinantes de lo físico en la conformación del hombre de la pampa: tal es Facundo, encarnación la más acabada de la naturaleza, del medio físico en que vive y de la barbarie. Pero he aquí que aquella poderosa intuición creadora unida a la naturaleza misma que describe hizo surgir la altísima poesía de esta obra inmortal. Ya antes de él la naturaleza había inspirado a la pluma de los escritores y poetas coloniales páginas bellísimas que acrecentaron con sus policromías las bellezas de nuestro idioma, pero en Facundo parece anticiparse un nuevo elemento literario que en nuestros días ha dado brillantes muestras de fecundidad en la novela moderna. Me refiero al hecho de considerar la naturaleza, la tierra, el llano, la pampa, o la selva, como protagonista, tal como aparece en *Don Segundo Sombra*, de Guiraldes, en *Doña Bárbara* y *Canaima* de Rómulo Gallegos, en la *Vorágine* de Eustacio Rivera, en el *Mundo Ancho* y *Ajeno* de Ciro Alegría y en *Los de Abajo* de Mariano Azuela.

Creo, pues, que podemos considerar a Sarmiento como precursor, inconsciente desde luego, de esta nueva modalidad novelística. Cuando se lee con atención el *Facundo*, después de pasado un tiempo, nos queda flotando en la imaginación, más que los bellos tipos abocetados magistralmente de El Rastreador, El Baqueano, El Gaucho Malo, El Cantor y la sombra terrible de Facundo, el fondo mismo en que todos estos tipos se mueven: la pampa inmensa, el desierto, la soledad. Sarmiento parece haberlo adivinado así cuando escribe: "Existe un fondo de poesía que nace de los accidentes naturales del país y de las costumbres excepcionales que engendra. La poesía, para despertarse, porque la poesía es, como el sentimiento religioso, una facultad del espíritu humano, necesita el espectáculo de lo bello, del poder terrible, de la inmensidad, de la extensión, de lo vago, de lo incomprensible; porque sólo donde acaba lo palpable y vulgar, empiezan las mentiras de la imaginación, el mundo ideal. Ahora, yo pregunto: ¿qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte, y ver . . . , no ver nada? Porque cuanto más hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más se aleja, más lo fascina, lo confunde y lo sume en contemplación y duda. ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? ¡No lo sabe! ¿Qué hay más allá de lo que ve? La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte. He aquí ya la poesía. El hombre que se mueve en estas escenas se siente asaltado de temores y de incertidumbre fantásticas, de sueños que lo preocupan despierto". "¿Cómo no ha de ser poeta el que presencia estas escenas imponentes?

"Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista en su vivo anhelo
Do fijar su fugaz vuelo.

Doquier campo y heredades
Del ave y bruto guaridas;
Doquier cielo y soledades
De Dios sólo conocidas
Que El sólo puede sondar". (1)

El instinto del artista ha percibido certeramente cuál es el papel que a esta naturaleza bárbara corresponde en la vida del hombre y cómo parece penetrarse con su vida, con sus pasiones, con sus sentimientos e ideas hasta ejercer sobre él una especie de imperativo absoluto que lo determina y explica. No se trata, pues, de un simple fondo o escenario natural en el que el gaucho se mueve libre y espontáneamente, la pampa ejerce su omnipresencia avasalladora que domina y sumerge al hombre en su seno con un poder aplastante. La llanura inmensa

(1) *Facundo*. Cap. II.

está allí en cada página devorando la acción de los personajes en sus propios horizontes, subordinándolo todo y como dialogando consigo misma al través de los tipos y expresándose plenamente en Facundo: "La naturaleza campestre, colonial y bárbara, cambióse en esta metamorfosis en arte, en sistema y en política regular, capaz de presentar a la faz del mundo como el modo de ser de un pueblo encarnado en un hombre que ha aspirado a tomar los aires de un genio que domina los acontecimientos, los hombres y las cosas". (2) Tal es, en mi concepto, el elemento literario más original de esta obra, que ha influido poderosamente en la literatura americana —y quizá en la española (3)— de un modo indirecto, como sugestión inconsciente en los escritores que han hecho labor de análisis y novela en sus respectivos países, partiendo de temas similares al del Facundo.

Sarmiento, que logra su consagración definitiva en esta obra de matices cósmicos, tiene también páginas inolvidables en *Recuerdos de Provincia*, "libro el más humano por su asunto y el más castizo por su forma", al decir de Ricardo Rojas. Quizá podrán rastrearse antecedentes de no escasa importancia para la crónica, que ha encontrado en América su más pura expresión en las *Tradiciones Peruanas* de Ricardo Palma, en esta obra exquisita por la belleza del estilo, por lo movido de la narración, por el acierto en el modo de presentar los hechos y en la manera deliciosa de reconstruir el ambiente histórico, además de otras cualidades excelentes que la consagran como una de las obras definitivas del gran escritor argentino (4).

Las biografías que aparecen rápidamente trazadas en *Recuerdos de Provincia* en torno a las vidas de Juan Eugenio Mallea, Fray Justo de Santa María de Oro, Domingo de Oro, el deán Funes y José Manuel Eufasio de Quiroga Sarmiento, así como la de Fray Félix Aldao, Facundo, Vida y escritos del coronel don Francisco Javier Muñoz, El tirano José Virasoro, Vida de Abraham Lincoln, El Chacho, Bosquejo de la biografía de don Dalmacio Vélez Sarsfield y la vida de Dominguito, escrita, más que con la pluma, con el corazón desgarrado por su prematura desaparición, así como la más entrañable de todas, aquella en que nos deja el retrato físico y moral de su propia madre a la que dedica, con San Agustín y Lamartine, los elogios más puros y conmovidos que jamás hayan brotado de labios humanos, han debido ejercer un decisivo magisterio literario en todos los grandes escritores que han cultivado el género, mostrándoles que muy a pesar de la prisa en el escribir y de los descuidos propios en un hombre múltiple como Sarmiento, siempre hay la seguridad de apuntar en el blanco si se escribe "con amor, con corazón, lo que se alcance, lo que se os antoje" (5). La desigualdad del mérito de sus biografías no

(2) *Facundo*, Introducción a la Edición de 1845.

(3) Valdría la pena intentar un estudio de estas influencias en la generación del 98 y particularmente en Unamuno, gran admirador de Sarmiento y de carácter muy similar.

(4) Recuérdense las crónicas en que nos cuenta la vida y los hechos de Juan Eugenio Mallea, la de los Hijos de Jofre, la de la beata Angela Carranza, procesada por el santo oficio de Lima de 1688 a 1693, así como el raro caso de Juan Soldado y el de don Juan de Loyola Haro de Molina, deudo de San Ignacio de Loyola. En todas ellas descuella la impetuosa pluma del ilustre sanjuanino por la diaphanidad y pureza de su lenguaje, no siempre igual y depurado en el resto de sus obras, así como por la vida que sabe infundir a sus relatos. El tema de esta obra no es en el fondo otra cosa que una extensa crónica de su propia vida. "Mis Recuerdos de Provincia son nada más que lo que su título indica. He evocado mis reminiscencias, he resucitado, por decirlo así, la memoria de mis deudos que merecieron bien de la patria, subieron alto en la jerarquía de la Iglesia, y honraron con sus trabajos las letras americanas; he querido apegarme a mi provincia, al humilde hogar en que he nacido; débiles tablas sin duda, como aquellas flotantes a que en su desamparo se asen los naufragos, pero que me dejan advertir a mí mismo que los sentimientos morales, nobles y delicados, existen en mí por lo que gozo en encontrarlos en torno mío, en los que me precedieron, en mi madre, en mis maestros y en mis amigos. (*Recuerdos de Provincia. A Mis Compañeritos Solamente*).

(5) Polémica con Andrés Bello.

hace más que deponer a su favor. Nadie le negará la gloria de ser el autor de *Facundo* y de *Recuerdos de Provincia*, biografías, la primera, no de un hombre solo, sino de un país, personificado en la pampa y en el hombre, la segunda, la del hijo más ilustre de Argentina.

* * *

Al principio de *Recuerdos de Provincia* dice Sarmiento: "he abrazado con el calor y el fanatismo de una religión los principios políticos que han sucumbido hoy en mi patria; todo lo he pospuesto, reposo, familia, cuidados de fortuna, todo. En quince años de mi vida de adulto, sólo he estado cuatro en la casa paterna; los restantes los he pasado en el destierro, en los campamentos, en la inmigración, en los ejércitos. En mi juventud hubiera deseado que los que han trabajado por establecer el despotismo y hacer desaparecer toda forma constitucional, hubiesen tenido una sola cabeza para segársela de un golpe; y he tenido la satisfacción de que Facundo Quiroga jurase a mi madre, matarme donde quiera que me encontrase. En otro lugar de esta misma obra agrega: "Con respecto a lo que he creído ser mis deberes para con mi patria, mis pretensiones son muy exageradas. He creído siempre que en mí el patriotismo era una verdadera pasión con todo el desenfreno y extravío de otras pasiones. "He aquí el leif-motiv, las ideas fuerzas que de continuo mueven la pluma del ilustre argentino y que le llevan desde su más temprana juventud a una labor periodística que no abandona en todos los días de su vida. Creo que en este campo de sus actividades no ha sido superado en América, si atendemos a la fuerza de sus convicciones, al brío de su argumentación, a la honradez de sus propósitos y a la pujanza de sus embestidas —"gaucho de las letras" le llama Menéndez y Pelayo, y "Montonero de la batalla intelectual", Groussac —que lo asemejan en un todo al torrente desatado de las fuerzas primarias de la naturaleza. La obra periodística de Sarmiento, circunstancial en su mayor parte, constituye una mina riquísima de ideas, de enseñanzas que aun no se han marchitado. Por otra parte su fecundidad periodística fue siempre inagotable. En Chile, por ejemplo, escribe a diario para cinco periódicos, y en cinco años deja, además de algunas publicaciones individuales, seiscientos artículos editoriales. Fruto de sus observaciones personales son sus artículos titulados, *Viajes por Europa, Africa y América* y sus *boletines* del Ejército Grande. En cuanto a sus obras capitales, *Mi Defensa*, *Recuerdos de Provincia*, *Facundo*, (6) deben considerarse en buena parte como fruto de la improvisación y de las urgencias en que suelen desenvolverse los verdaderos periodistas de combate. "A lo largo de su accidentada vida, escribe hermosamente Juan Montovani, se lo ve como un sembrador que recorre los caminos del destierro o de la lucha con una imprenta a cuestas, y al abandonar el campo de sus hechos deja un libro, una revista o un periódico". Es que era un periodista de verdad, y lo era por temperamento,

(6) Por considerarla muy instructiva al respecto me permito transcribir aquí la página siguiente tomada de un magnífico trabajo de Alcides Greca que lleva por título *Sarmiento Periodista y Maestro de Argentinidad*: "Sarmiento ha sido el más eminente y representativo de los periodistas que ha tenido el país. Su sabio diletantismo, sus libros, sus polémicas, el mismo desorden e improvisación que se advierte en todas sus obras, están señalando al periodista. Sarmiento escritor, tiene un estilo periodístico; se le nota en la llaneza, en la claridad, en la oportunidad de sus publicaciones, así como en el vivo interés que despertaba entre sus contemporáneos. El ritmo de su prosa denuncia la precipitación del redactor, que carece de tiempo para rever los originales. El mismo lo confiesa, cuando se refiere, en "Recuerdos de Provincia", a la forma cómo dio a publicidad "*Civilización y Barbarie*": "Escribí este libro —dice— que debía ser trabajo meditado y enriquecido de datos y documentos históricos, con el fin de hacer conocer en Chile la política de Rosas. Cada página revela la precipitación con que está escrito, dándose originales a medida que se imprimían, y habiéndose perdido manuscritos que no pude reemplazar". Hasta la finalidad de *Facundo* era, según su autor, meramente periodística: molestar a Rosas, desacreditarlo".

por vocación. Escribe en los periódicos al principio —su primer periódico lo funda en 1839— para cumplir con un deber impostergable. Más tarde se descubre a sí mismo en Chile cuando escribe la víspera de la batalla de Chacabuco en el Mercurio de Valparaíso un artículo sobre dicha batalla que fue muy celebrado por don Andrés Bello. “¡Cuántas vocaciones erradas —dice a este propósito— había ensayado antes de encontrar aquella que tenía afinidad química, diré así, con mi esencia!”

Es así como se inicia en este noble apostolado de decir siempre la verdad a los cuatro vientos, aún cuando para ello tuviese que sufrir destierros, pobreza, enfermedades y ataques innobles contra su buen nombre. Jamás escribe con miras literarias por el solo deseo de cultivar la forma, con miras a una consagración como hombre de letras. Siempre que escribe lo hace para combatir algún vicio, delatar un criminal ante el mundo civilizado, mostrar las causas del retroceso, de la barbarie, indicar soluciones a los problemas de orden público nacional. “Su pensamiento es dinámico; no creemos que haya en la literatura de la lengua española otro ejemplo en el cual se fusionen tan estrecha y acabadamente la idea y la acción. Brega siempre por cosas concretas, por instituciones útiles. Aprecia más los frutos jugosos que la inefable belleza de las flores, no obstante lo cual, en un rapto de genio, se detiene al borde mismo del precipicio donde se sepultan inexorablemente todos los que sacrifican la verdad, la hermosura y el bien a la utilidad” (7).

De Sarmiento son estas palabras dignas de grabarse en el mármol imperecedero como suprema lección dada a todos los periodistas de América: “Para ser escritor en la prensa, es preciso haber ceñido la espada del guerrero y conservar toda su vida el cilicio del monje; no aspirar a comer sino el pan seco del soldado, y no recibir mendrugos del poder, que suelen a veces contener estricnina”.

Domingo Faustino Sarmiento es sin duda alguna el más grande de los periodistas americanos y en lo que va del siglo no creo haya sido superado en todo el ámbito de la lengua española. El secreto de su pluma se cifra en que siempre se inspiró en los ideales de su vida, en aquello que era para él como la carne de su carne y la sangre de su sangre: el bienestar de la patria. Esto es lo que manifiesta el mismo año de su muerte: “Lego la tradición de los escritores que conservan la antorcha de la civilización y de la libertad... yo he consagrado mi pluma a tan ingrata tarea sin odios y sin injusticias”.

Creo que si alguien ha estado en capacidad de influir verdaderamente sobre el periodismo americano ha sido Sarmiento. Su magisterio periodístico, ejercido a lo largo de más de medio siglo, tiene la fuerza indiscutible que le da la calidad moral de su persona y el fuego abrasador de su palabra. Detrás de cada artículo, detrás de cada palabra está el hombre, aquel hombre hecho de piedra, abismo, bosque y agua, según la bella imagen de Lugones. Ha enseñado a las generaciones americanas que la prensa debe ponerse al servicio de la causa de los pueblos, y en toda la extensión habitada por la raza indoespañola, al servicio de la causa americana. Que la hoja impregnada de tinta fresca debe ser a manera de oxígeno regenerador que repare el vigor perdido por la sangre que circula por todo el cuerpo social. Que la palabra escrita tiene una misión muy alta que cumplir, cual es la de orientar e instruir a los pueblos y defender siempre la verdad, la justicia, los derechos supremos de la humanidad. Y que para cumplir dignamente con tan altísima misión bien vale sacrificar toda una vida si con ello se consigue obtener un poco de felicidad para los hombres.

(7) Extracto de una conferencia pronunciada en el Paraninfo de la Universidad Nacional del Litoral en el acto de homenaje realizado por la misma el día 8 de septiembre de 1938.